

Capítulo 360

Inclina la Cabeza

Dentro de las tierras, permanentemente oscuras y lúgubres de Helheim, hay una gran estructura que se alza por encima de todas.

Dentro de una gran mansión, con paredes lo suficientemente altas como para tocar el cielo y puertas negras, que parecían casi impenetrables, se podía ver a una mujer acostada en su dormitorio.

La mitad de su cuerpo era pecaminosa; con curvas bellamente enfatizadas y una tierna piel pálida.

Su largo cabello plateado estaba atado en una sola trenza, que caía sobre su espalda, y sus ojos negros eran increíblemente fríos y sin vida.

La otra mitad de su cuerpo no era tan pintoresca.

En lugar de una hermosa carne pálida y rosada, su cuerpo era como el de un cadáver podrido.

Si no fuera por esta particular proclividad, Hel sin duda sería conocida como una de las diosas más hermosas.

Sin embargo, a ella no le importaba particularmente algo tan inútil como eso.

Sólo quería ser la más temida.

Ser temida significaba quedarse sola, y Hel era una diosa que valoraba su soledad.

Aunque al principio odiaba a su padre, por haberla arrojado a este reino en contra de sus deseos, ahora se podía decir que ya no estaba tan molesta como antes.

De hecho, las pocas veces que se le había permitido salir de Helheim, durante los últimos milenios, siempre fueron las experiencias más agotadoras de su vida, y siempre se encontraba desesperada por volver a casa.

Aunque tenía que admitir que el hogar no siempre era tan entretenido como a ella le hubiera gustado.

Deseaba tener algo que hacer para aliviar la sensación de aburrimiento que conlleva ser un dios.





De repente, sintió una nueva presencia, pero lejana que la hizo levantar una ceja con sorpresa; seguida por un aullido familiar y lúgubre.

Una vez que escuchó que Garmr iba a investigar, apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos ante su propio dominio sombrío.

No sentía ningún motivo de preocupación que la hiciera abandonar la cama.

A veces, un espíritu puede mantener su ego después de la muerte y se enoja cuando ve dónde ha terminado su alma.

Helheim no es como el Valhalla, ya que es un lugar donde acaban seres deshonestos y rompedores de juramentos, así como personas más "normales" que no lograron mucho.

Estaba muy lejos de los grandes salones blancos y dorados del reino de los muertos de arriba y, a veces, las almas reaccionan de manera desagradable al estar allí.

No era algo que sucediera a menudo, pero ocurría lo suficiente como para que Garmr ya supiera cómo manejar estas cosas por su cuenta.

Por lo general, eso significaba ladrar como loco o, a veces, incluso destruir el alma por completo.

Como tal, Hel cerró los ojos para descansar, sabiendo que este no era un asunto que requiriera su atención.

O al menos eso creía ella.

A pesar de que había cerrado los ojos para disfrutar de la oscuridad total, todavía se sentía todo demasiado brillante.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que el paisaje permanentemente oscuro y lúgubre de Helheim era tan brillante como el día.

Se levantó de la cama tan rápido, que dejó una imagen residual entre las sábanas.

Hel abrió las cortinas y casi se quedó boquiabierta de lo absurdo que era lo que veía.

La totalidad de los valles oscuros dentro de su dominio, habían sido incendiados, iluminando este reino que una vez fue completamente oscuro.

Fue una hazaña increíblemente fascinante.

Estos valles son tan profundos y largos que se requieren un total de nueve noches a caballo para atravesarlos.



Sin embargo, parecía que alguien había hecho lo imposible para cubrir cada centímetro de ellos en llamas a la vez.

Llamas negras y rojas, más calientes que el fuego del infierno y más altas que las puertas de afuera de su casa, se elevaron hacia el cielo, parpadeando de un lado a otro con ira.

Y un momento después, pudo ver al responsable de todo ese pandemonio.

Era un hombre de un atractivo incomparable, con cuernos largos y rizados y un ondulante cabello blanco.

Sus ojos violetas ardían con un brillo más intenso que el de 1.000 soles, y en sus manos sostenía dos armas: una enorme espada y una horrible lanza con punta dentada.

Surgió de las trincheras inflamadas y flotó sobre el río Gjoll.

Allí se podía ver un puente dorado del mismo nombre, que aún no había sufrido daños.

El puente estaba lleno de almas; cada una de ellas intentando cruzar para emprender el camino hacia el infierno y su otra vida.

¡Clonk!

¡Clank! ¡Clank!

Una figura comenzó a marchar a lo largo del puente dorado para encontrarse con Abaddon.

Era enorme, con un cuerpo musculoso y una piel azul profundo.

Sus ojos azules miraron fríamente al intruso y ella hizo crujir sus nudillos de manera hostil.

Al igual que Hel, su largo cabello rubio estaba atado en una trenza francesa, que colgaba detrás de su musculosa espalda.

Éste era Módgudr, el jotunn responsable de la defensa de Gjallarbrú.

Estaba casi tan sorprendido por la repentina visita de este intruso como Hel.

Sus ojos eran capaces de discernir el estado de una persona por su color, y podía decir que Abaddon, de hecho, estaba muerto.

Entonces ¿por qué su alma aún tenía tanto poder?

"¡No se te permite pasar! ¡Detén a este inescrupuloso..."

"Ruidoso."



Con la mayor eficacia y salvajismo, Abaddon arrojó la lanza que tenía en la mano izquierda directamente al jotunn de trece pies.

La lanza voló directamente a través de su boca, saliendo por la parte de atrás de su cuello y grapando su cuerpo al puente que protegía fervientemente.

Abaddon aterrizó sobre su cadáver y sacó su lanza de su boca abierta como si estuviera quitando una flor de un jardín.

Limpió casualmente la sangre de la hoja antes de esperar lo inevitable que estaba por venir.

'¿Te he provocado lo suficientemente...?'

No tuvo que esperar mucho tiempo para obtener una respuesta, ya que sus habilidades precognitivas, recién adquiridas, se activaron y le permitieron inclinar la cabeza exactamente en el ángulo correcto, en el momento justo.

¡¡BUUUUUUMM!!!

Una enorme columna, de lo que parecía ser hielo negro, voló hacia Abaddon desde una gran distancia.

Al mirar hacia arriba, encontró a una mujer envuelta en una armadura negra y plateada, empuñando una espada tan negra como la noche.

La horrible expresión de su rostro serviría como recordatorio, para todos, de que ella era una diosa de la crueldad, no sólo de la muerte.

"¡Miserable! ¿Cómo te atreves a entrometerte en mi dominio y comportarte sin escrúpulos?"

Abaddon apuntó su lanza hacia la diosa y habló con los dientes apretados.

"¡Les advertí a todos, pero no hicieron caso a mis palabras...! Hoy será el día en que encenderé la llama que quemará a todos y cada uno de ustedes, dioses, hasta los cimientos, ¡y tú serás el primer pedazo de suciedad que limpie...! ¿Inclinarás la cabeza para ahorrarte algo de sufrimiento?"

Hel rompió sus dientes blancos perfectos, por apretarlos entre sí con tanta fuerza, pero su ira no le permitía preocuparse por tal cosa en ese momento.

Levantó su espada negra en el aire y comenzó a brillar con una luz verde enfermiza.

"¡¡A las armas!!"

Bajo su orden, millones de guerreros no muertos, con esqueletos negros y brillantes ojos verdes, comenzaron a aparecer del aire.



Llevaban armaduras hechas jirones y sostenían armas negras oxidadas de todas las variedades.

Sin embargo, cuando Abaddon vio la enorme diferencia numérica entre él y sus enemigos, empezó a sentirse drásticamente menos ansioso.

El pecado de orgullo del dragón, funcionó exactamente como él lo diseñó, comenzó a filtrar un aura horriblemente sangrienta y opresiva, que se podía sentir en todo Helheim.

Incluso Hel tuvo que hacer una pausa y levantar una ceja, al darse cuenta del porque todos tenían tanto miedo de su inminente amenaza.

'¡Te neutralizaré aquí antes de que puedas ganar más poder...!'

"¡Hacedlo trizas! ¡Vuestra Diosa exige la cabeza de un enemigo!"

Los rugidos del ejército esquelético llenaron cada rincón imaginable de este reino de no muertos.

Mientras caían sobre Abaddon, como un maremoto huesudo, el dragón no tuvo miedo y de inmediato desarrolló un plan dentro de su mente.

Dado que Hel le había hecho el gran favor de darle un aumento tan grande en poder, sintió que lo único educado que podía hacer era aceptarlo, ¿verdad?

Entonces, en lugar de destrozarse su regalo, decidió usarlo.

"Parece que necesitas una instrucción adecuada..."

En una demostración de aterradora velocidad de movimiento, Abaddon abandonó su posición en el puente y reapareció en el aire, directamente detrás de Hel, con su espada levantada sobre su cabeza.

"Te enseñaré a inclinar la cabeza. Presta atención, diosa".

"Hijo de puta..."

¡¡BUUUUUUUUUUUUMMMMMMMM!!!!

Un solo corte de la espada de Abaddon cortó el cielo, el puente dorado, y excavó otra gran trinchera dentro del dominio de Helheim; esta significativamente más ancha y profunda que todas las demás.

Mientras las dos mitades del gran puente dorado caían al agua, debajo de ellos, Abaddon vio a Hel caer en picado hasta el fondo de su garganta recientemente creada.

Esperó y esperó, y entonces una enorme columna de energía plateada salió disparada de la grieta, como un cohete.



Hel se había recuperado rápidamente de su pequeño golpecito de amor y ahora estaba más enojada que nunca.

Todas las restricciones a las que se había estado aferrando, desaparecieron en un instante, mientras su cabello plateado flotaba sobre su cuerpo, pareciendo estar encendido con llamas blancas.

Un hombre en su sano juicio habría dado media vuelta y salido corriendo inmediatamente.

Sin embargo, Abaddon no tenía miedo de este enfrentamiento que se avecinaba, por una sencilla razón.

Él ya lo había visto.

Fue solo por un milisegundo, pero vio el momento en que la diosa nórdica de la muerte caía de rodillas.

Ese momento singular le dio la confianza para creer que todo lo que deseaba era posible.

¡Su sueño, el sueño de su familia, el sueño de su pueblo, todo podría hacerse realidad!

¡Esos dioses eran poderosos y el poder que poseían lo era aún más, pero si podían ser derribados de rodillas, por alguien que aún no había ascendido, entonces ciertamente podrían ser asesinados por ese alguien!

Ese pensamiento singular impulsó su determinación a nuevas alturas.

Aunque le esperaba la pelea más difícil de su vida, literalmente no podría haberle importado menos.

Su único objetivo era hacer que esta diosa inclinara la cabeza ante él nuevamente, como expiación por la falta de respeto que le había mostrado a su familia.

Cualquier otra preocupación o inquietud era irrelevante.

Alto en el cielo, Abaddon comenzó a cambiar.

Se convirtió en un enorme demonio de fuego, con un cuerpo hecho de carbón y la mitad inferior de un monstruo parecido a un toro.

Grandes cuernos fundidos apuntaban, desde lo alto de su cabeza, hacia el cielo, como una especie de corona, y las armas que sostenía en su mano comenzaron a incendiarse por su propia voluntad.

Completada su transformación, Abaddon dejó escapar un rugido horrible, que sacudiría los nueve reinos del árbol del mundo Yggdrasil hasta sus raíces.

